

Egocentrismo y altruismo en la comunicación humana: algunas consideraciones psicodinámicas

Luis Ramírez

Universidad de Lima
Lima, Perú

El presente trabajo constituye una aproximación a la comunicación humana desde los conceptos de “egocentrismo” y “altruismo”, representativos de derivaciones fundamentales del dinamismo básico inherente al funcionamiento comportamental. La persona, a partir de su misma estructura ontológica, se ha de ver necesaria y existencialmente inducida a no perder de vista, contemplar, comprender e internalizar de manera progresiva su propia realidad y la realidad de los demás; de ahí la presencia en ella, constante, intensa y simultánea, de tendencias de “autorrepliegue” y “autotrascendencia”. En esta aproximación el desarrollo de aquellas líneas de orientación dinámica se ha de apreciar sobre todo en algunas de sus connotaciones defensivas, para al final tratar de lo que implica, en lo esencial, una apertura auténticamente altruista del sujeto frente a los demás.

comunicación / psicodinámica / egocentrismo / altruismo

Egocentrism and altruism in human communication: psychodynamic considerations

This paper is an analysis of human communication from the concepts of “egocentrism” and “altruism”, concepts derived from the basic dynamism inherent to behavior functioning. A person, from its own ontological structure is necessarily and existentially induced to gradually contemplate, understand and internalize its own reality and the reality of others. Thus the constant, intense and simultaneous presence of two tendencies: “self-retreat” and “self-transcendence”. The elaboration of those lines of dynamic orientation are approached in their defensive connotations. Finally, the author discusses the essential implications of a genuine altruistic attitude of the subject in relation to others.

communication / psychodynamic / egocentrism / altruism

Se puede sostener, con toda certeza, que la “comunicación” constituye una dimensión esencial, fundacional, de la psicología humana, algo realmente trascendente en ésta. Para ello basta con recordar que en la comunicación se forma la personalidad y el estilo básico de desarrollo del sujeto, se resuelve su destino “estructural” de salud o enfermedad psíquica, se posibilita su más profunda disposición comportamental a la vida de relación con los demás, y se definen sus tendencias básicas al autorrepliegue “egocéntrico” y a la auto-trascendencia “altruista”¹. Efectos poseídos, todos ellos, no sólo de una dimensión psicológica sino también, entre otras, de una dimensión propiamente ontológica. En realidad toda actividad y desarrollo posible del hombre habla siempre, en el fondo, en alguna medida, tanto de la densidad y despliegue de su estructura ontológica, como del tipo internalizado de relaciones comunicativas vivido entre él y su mundo (social, cultural, etc.), al punto de poderse afirmar que la integración dinámica de ambas dimensiones sostienen, inducen y orientan inicialmente tal actividad y desarrollo.

La comunicación se visualiza pues como un inductor existencial complejo que facilita la expresividad comporta-

¹ Acerca de la primera gran bifurcación que tiene lugar en el dinamismo del funcionamiento comportamental, bajo las formas de orientación al sujeto, y al objeto, véase Nuttin (1985, pp. 162-172).

mental diferenciada –socioculturalmente orientada– de la propia onticidad.

LAS NOCIONES “MARCO” EN JUEGO

Como el título del trabajo lo sugiere se trata, en principio, de dos nociones: “psicodinámica” y “comunicación”. ¿Cómo entenderlas? Veamos:

La noción de “psicodinámica” la entendemos referida aquí a toda aproximación a la conducta humana que tenga por objeto pensarla inicialmente como consecuencia, luego como causa, y que desde este contexto temático referencial busque reconstruir el itinerario de su configuración, su sentido e intencionalidad. Descripción ésta que podemos considerar suficiente para el efecto de identificar si una lectura de la conducta posee o no un cierto carácter psicodinámico, pero sin embargo insuficiente, requerida de más amplias precisiones, para garantizar que la estructura interna y lógica del discurso asociado a ella da cuenta real o potencial del vasto y trascendente panorama de significación humana cubierto por su proyecto de interpretación. Esto es epistemológicamente relevante, más aún si tenemos presente que bajo la noción de “psicodinámica” se han cobijado “visiones” de conducta no sólo fuertemente diferenciables, incluso contrapuestas en aspectos nucleares, sino también algunas otras fuertemente restrictivas de lo cualitativamente humano. Por tanto resulta conveniente que

aquella noción se entienda ligada en el fondo a las tendencias del hombre a la permanencia, a la interacción, a la complementariedad, a la unidad –ontológica y axiológicamente jerarquizada–, a la creatividad y al desarrollo integral. De este modo creemos cautelar teóricamente, con cierta amplitud, la riqueza y complejidad del psiquismo humano, su orden y armonía, el “acuerdo básico” “en” y “entre” sus procesos esenciales, y una cierta garantía de no caer en interpretaciones reduccionistas.

Pensamos que una teoría psicodinámicamente humanista para ser tal debe corresponder a los fundamentos de una “antropología” abierta como posibilidad al hombre total, al hombre íntegro –no seccionado, no separado, no escindido–, y además no a un hombre abstracto, desencarnado, a-temporal y a-espacial, sino más bien a un hombre concreto, si se quiere personalizado, “encarnado” en un tiempo y en un espacio realmente humanos². Se trata así de reconocer la urgencia de que la psicología dinámica respete sistemáticamente su objeto propio de investigación –la conducta humana– en todo lo que es y representa, y no perdiéndolo de vista en su “totalidad”, diseñe sus esquemas de investigación y formule sus interpretaciones de modo que resulten susceptibles de integrarse, al

menos potencialmente, en una suerte de metodología y “hermenéutica” globales del funcionamiento comportamental, evitando “entronizaciones” absolutistas de lo parcial –con mayor razón si de lo parcial, “parcialmente” investigado e interpretado–, y recordando que sus juicios de verdad son siempre de carácter relativo. Se desfavorecerá así el riesgo de un reduccionismo simplista e ilegítimo que termina por implicar una cierta negación de la realidad y, en esa medida, un pensamiento más fantasioso que racional.

Por su parte la noción de “comunicación”, a nivel humano, la entendemos como una dimensión de la conducta por la cual la persona revela, consciente o inconscientemente, su disposición, deseo o decisión, de adquirir, re-conocer o transmitir información, mensajes, sentidos objetivados –palabras, gestos o signos, en general–, dentro de su propio sistema psíquico –“entre” sus distintos niveles o áreas de funcionamiento–, o en su vida de relación con el mundo –con otras personas en especial–, constituyéndose así en fundamento, luego en manifestación, de la intra e intersubjetividad.

Descripción que ubica con cierta amplitud la comunicación en el ámbito de la personalidad psíquica, pero que nos sugiere de alguna manera la interrogante de si ella no debería ir más allá de modo de invitarnos a pensarla, finalmente, desde la noción de persona. En buena cuenta, ¿no se puede acaso sos-

2 En torno a la contribución posible de la antropología filosófica a la psicología y al psicoanálisis, véase los profundos ensayos de Vergote (1996).

tener que la personalidad misma es función de la persona “posible”, de la persona psíquicamente “realizada”? Consideramos que una psicología de la comunicación humana no debe perder de vista que en última instancia lo psíquico, tal como queda organizado en la personalidad, es en lo esencial, en lo más fundamental, tributario de la estructura ontológica del sujeto; que en el fondo las experiencias que éste vive, constituyen fenómenos que tienen lugar dentro de un marco de posibilidades ontológicamente determinadas.

Así pensamos que las experiencias en general, las experiencias de comunicación en particular, logran plasmarse en el sujeto como representaciones psíquicas en la medida que su propia onticidad lo permita y de alguna manera lo sugiera. Si el “suceso” no representara “nada” en lo que por naturaleza le es propio al hombre, si no diera cuenta de “nada” de lo que le es inherente, si no fuera en alguna medida y de algún modo objetivación de su ser profundo, en ese caso, el “suceso” pasaría desapercibido para él –sería “nada” para él–, no alcanzaría a constituirse y organizarse en él como estímulo y mensaje.

De ahí que para comprender con la mayor profundidad legítimamente deseable el presente funcional de la actividad psíquica e identificar mejor las posibilidades reales y finales de su futuro “comportamental” y representacional, será siempre importante no de-

tenerse radical y definitivamente en el concepto de personalidad, sino más bien avanzar, en una cierta apertura del “espíritu” especulativo, al encuentro de una antropología filosófica o si se quiere de una metafísica de la persona.

Consideraciones que nos ponen en el camino de una ontopsicodinámica de la comunicación humana. La comunicación pensada no como una manifestación desligada de lo “finalmente” representado en ella, como un fenómeno separado de lo esencial, que en el fondo sustentó su posibilidad, sino más bien como una “realidad” compleja, temporal y espacialmente encarnada, históricamente sustentada, que da cuenta en síntesis de lo que el sujeto es, como estructura psíquica y ontológica de carácter relacional.

ALGUNAS CATEGORÍAS PSICODINÁMICAS EN EL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN HUMANA

Hemos de utilizar las nociones de “egocentrismo” y “altruismo”. Ambas hacen referencia a dos de sus líneas básicas de organización, funcionamiento y desarrollo. El “egocentrismo” inducido por una dinámica de “repliegue” y “vuelta sobre sí”, el “altruismo” por una dinámica de “despliegue” y “búsqueda del otro”. Lo que da lugar, según la naturaleza de su dinámica inductora prevalente, a una comunicación predominantemente egocéntrica o altruista. Siendo de agregar que ambas categorías y líneas de orientación dinámica se

hallan de ordinario imbricadas y pueden encontrarse normal o patológicamente estructuradas³.

Respecto del egocentrismo

La noción de egocentrismo la entendemos aquí en referencia a un modo de ser en el cual el sujeto privilegia su existencia como objeto de satisfacción, pudiendo llegar al punto de no tomar seriamente en cuenta o simplemente no tomar en cuenta las necesidades, deseos e intereses de los demás. Egocentrismo que puede inducir al sujeto a no aceptar siquiera posponer el logro de sus metas –a pesar de las mayores urgencias de otros–, y aún a pasar por encima de personas o grupos con tal de alcanzar su propia satisfacción⁴.

Situación que implica significativas distorsiones psíquicas en el sujeto; entre otras posibles, la de constituir la “satisfacción de sí” en pauta “definitiva” de diferenciación de lo bueno y lo malo, del bien y el mal. Será vivenciado, incluso pensado y reconocido como bueno aquello que le permita al individuo realizar sus deseos, y como malo aquello que lo impida.

¿Cómo interpretar tan grave distorsión? De manera general digamos que la satisfacción de sí se inviste de un significado normativo de valoración, más

allá de lo constructivo, en la medida en que la frustración y el “vacío” una vez instalados intensamente en el sujeto, en la estructura funcional de su subjetividad (que por otra parte aspira “naturalmente”, en lo más profundo, a seguir “siendo” y a “desarrollarse”, y que ve en tal frustración y vacío la evidencia de un riesgo de disminución y discontinuidad o muerte), lo “conducen” a *negar* la realidad objetiva de los “otros” –sus necesidades, deseos y aspiraciones–, y a *idealizar* su propio ser, sus necesidades y posibilidades. En este sentido la satisfacción de sí, constituida en pauta anómala de valoración “ética” en el comportamiento humano, podrá estimarse como fuertemente influida por el sistema psíquico de defensa.

Nos parece conveniente señalar que no nos referimos aquí, predominantemente, al interés natural, normal, del hombre por su autosatisfacción, nos referimos más bien al interés exacerbado, “tenso” y angustiante, por lograrla⁵. Por lo que nuestra aproximación al problema de la comunicación humana desde la noción de egocentrismo debe entenderse como significativamente parcial, y sin embargo capaz de permitirnos reparar en algunas de sus formas de revelación más o menos frecuentes y encubiertas.

3 Sobre algunos aspectos de la relación entre lo normal y lo mórbido desde la óptica del psicoanálisis véase Schotte (1990b).

4 Véase S. Freud (1948).

5 En relación a ciertas implicancias narcisistas en la psicopatología humana véase Corveleyn (1993, pp. 49-108).

Así se puede acreditar que bajo la influencia de intensas y persistentes determinaciones egocéntricas (intensas y persistentes búsquedas de autosatisfacción) la función comunicativa del psiquismo humano se hallará y mostrará fuertemente subjetivizada. De un modo u otro el sujeto buscará poner dicha función al servicio de sus necesidades, especialmente de aquéllas que siendo fundamentales no fueron atendidas adecuadamente en los tiempos cruciales de su desarrollo; por lo que ciertos temas y modos de abordarlos tenderán a surgir y resurgir con elevada frecuencia e intensidad en su comportamiento comunicativo, mostrándose el sujeto particularmente interesado y sensible en torno a ellos. Ahora bien, aquellos temas y las formas comportamentales de tratarlos, no constituirán transparencias –directas– de las necesidades insatisfechas, eso puede tener lugar, en tal o cual medida, pero no inevitablemente; con frecuencia las insatisfacciones más dolorosas para el sujeto se habrán de mostrar bajo mediaciones simbólicas muy complejas, difíciles de interpretar, de ligar a lo que ellas representan en el fondo. Al sujeto le será siempre difícil y doloroso mostrar sus “heridas” más íntimas, aquellos “espacios” posibles de comunicación interpersonal particularmente marcados y sensibilizados por experiencias de abandono, agresividad o decepción.

La insatisfacción “lesiva” –insatisfacción que hiere–, en la medida que inter-

nalizada como contenido y aspecto del propio psiquismo y personalidad, constituida en algo “duradero”, introducirá el sentido del pesimismo, la idea y sensación de no poder esperar gran cosa de los demás. El sujeto ha desarrollado serias dudas acerca de las intenciones y sentimientos profundos de los otros; con mayor intensidad todavía cuando se trata de asuntos que se asocian estrechamente a las más graves “lesiones” padecidas; por lo que resulta razonable que el sujeto herido, que experimenta continuamente necesidad de ayuda, la buscará, sí, pero desconfiado del “mundo”, lo hará de modo simbólico. Hablará de lo que necesita pero lo hará de modo complejo, de esa manera lo comunicado no será rápidamente vinculado en la conciencia manifiesta a las dificultades estructurantes de su propia intimidad, ni por el receptor, ni por él mismo. La mediación simbólica utilizada lo librará así, en parte, de darse a conocer como sujeto socialmente débil. La debilidad, según la historia de sus propias experiencias de fracaso, se asoció al sometimiento, a la “esclavitud”, a la manipulación, por tanto a la posibilidad que otros dispongan de la propia vida, él quiere librarse de ello. De ahí que desconfiado y temeroso se autodefienda dando a conocer de un modo simbólico su necesidad de auxilio, mas no, por lo menos no directamente, el problema “de fondo” por el que debería ser ayudado. No deseando exponerse a más fracasos, a más aban-

donos o agresiones, “caricaturiza” sus propias y profundas insatisfacciones, alcanzando de esta manera cierta tranquilidad.

Otros sentidos posibles se articulan en el hecho de ocultar sus heridas bajo complejas mediaciones simbólicas. Así por ejemplo, la intención de efectuar una cierta depuración en el terreno de sus relaciones interpersonales; el sujeto necesita y desea identificar a los más capaces de cooperación profunda. Con la complejidad de sus mensajes él obstaculiza la fácil comprensión de su conducta por los demás, favoreciendo la posibilidad de identificar con relativa facilidad la capacidad real de observación, sensibilidad y ayuda que puedan poseer. El sabrá “reconocer” de esta manera a los que realmente puedan representar algo positivo para él.

En el fondo el sujeto íntimamente insatisfecho y por eso “centrado en sí y para sí” tenderá a expresar su insatisfacción de modo mediatizado y “caricaturizado” hasta que logre “acreditar” en algún “otro” la existencia de ciertas condiciones reconocibles por él como garantía de una posible y saludable comunicación intersubjetiva entre ellos. Comunicación ésta que tendrá lugar progresivamente en la medida en que el “otro” confirme, con su conducta aparente y sus actitudes, una capacidad eficaz de respuesta a los problemas del sujeto insatisfecho, estar significativamente satisfecho en lo que el sujeto “paciente” del problema se halla toda-

vía insatisfecho, y ser modelo potencial y confiable para él. Mientras tanto, la conducta comunicativa del sujeto “paciente” tenderá a mantenerse intensamente egocéntrica; bajo formas directas o indirectas él continuará buscando con cierta “ceguera” la oportunidad de curar sus heridas o por lo menos de suavizar sus efectos dolorosos.

Respecto del altruismo

La noción de altruismo la entendemos referida a una forma de conducta que privilegia, desde la intimidad profunda y plena del sujeto, la donación de sí y la búsqueda de satisfacción del “otro”. El sujeto no se tiene a sí mismo como centro fundamental de interés, el centro de interés es el otro: sus necesidades, sus deseos, sus aspiraciones.

Pero hay que señalar que no toda apariencia comportamental “altruista” corresponde al altruismo arriba descrito. Con frecuencia comportamientos, en el fondo intensamente egocéntricos, se muestran “socialmente” altruistas⁶. Se trata en estos casos de manifestaciones exteriores de un “cuasialtruismo”, si se quiere, de un altruismo fundamentalmente “egodefensivo”, que utiliza el sujeto como vía, en parte inconsciente, para alcanzar finalmente y sobre todo su propia satisfacción, valiéndose si

6 Sobre el altruismo como defensa véase A. Freud (1986).

cabe el término de la satisfacción del “otro”. No es el “otro” su centro de interés, aún cuando lo que hace, lo hace, en apariencia, por él. El “otro”, sus insatisfacciones y sus heridas, son investidos así de un interés tal vez muy amplio que no corresponde sin embargo a su más profunda significación. A este nivel el interés “casi-único” del sujeto es el de calmar y “superar” a través del “otro” el dolor instalado en su propia intimidad. Y lo consigue –aunque sólo en parte–, pues las satisfacciones del “otro”, en particular si son logradas con su cooperación, le proporcionarán placer suficiente, incluso en la medida de retroalimentar y afianzar su actitud y conducta de ayuda.

No obstante, la satisfacción del “otro” no resolverá radicalmente, en este contexto defensivo, el problema de la propia insatisfacción, pues en el fondo el sujeto no llegó a salir realmente de sí para donarse “plenamente” al “otro” en un acto de auténtica generosidad. Aquí el sujeto frustrado se “limitó” a percibir al “otro” –insatisfecho también– como alguien en quien proyectar su propia frustración, para luego identificarse con él. Él continuará teniéndose a sí mismo como objeto central de interés, aunque ahora, con una apariencia diferente.

Tal proceso homeostático encubre la realidad de un egocentrismo intenso arraigado en el sujeto como dinamismo comportamental, que responde entre otros motivos probables a la necesidad de no exponerse al riesgo “temido” de

nuevos fracasos en el actuar propiamente personal, a la posibilidad de “distraerse” de los propios sufrimientos, y a la oportunidad de alcanzar ciertas ventajas de carácter social. A lo que se agrega, de modo general, que en lo esencial el proceso en cuestión parece responder a una tensión inherente al hombre que lo induce a alcanzar “poco a poco” niveles cada vez más constructivos en su funcionamiento psíquico y comportamental.

Ahora bien, la vuelta a la realidad de las propias urgencias puede, en aquellos casos, convertirse en un período psíquicamente muy sensible para el sujeto, por la exacerbación de sus heridas profundas. A pesar de ello, el servicio prestado a los demás, aun bajo las condiciones defensivas arriba señaladas, no estará carente de un cierto poder “restaurador”. El servicio prestado beneficiará al propio sujeto siempre que, claro está, no se trate de una simulación conscientemente fraguada. El problema está en que el beneficio “restaurador” tenderá a establecerse muy lentamente. En todo caso la calidad y medida del beneficio no dependerá sólo de lo que haga objetivamente el sujeto por los demás, aunque lo hecho por él, objetiva y sinceramente, le permitirá desarrollar conciencia acerca de su capacidad social de ayuda y solidaridad –a pesar de sus propias necesidades–, y sobre el hecho de que la cooperación con los otros “desencadena” en éstos diversidad de respuestas positivas, por

ejemplo, gratitud, deseo y voluntad de reciprocidad; dependerá además de la internalización cada vez más profunda de estos efectos. De este modo el sujeto “cooperador” alimentará su sentido de esperanza y optimismo en las relaciones humanas. En sí habrá encontrado, en un lento pero progresivo proceso de interacción con el mundo y de autoconstrucción, la oportunidad de irse convenciendo íntimamente de que la vida de relación con el mundo, su existencia misma y la existencia de la humanidad, pueden ser pensadas y sentidas como algo realmente bueno –que vale la pena vivir–⁷. Circunstancia de desarrollo personal que favorecerá que las conductas de servicio social del sujeto puedan alcanzar en el tiempo una mayor autenticidad. En la medida en que “cerradas” las heridas que le fueron causadas –sobre todo en la niñez– por la ausencia de donación profunda de los “otros”, él se hará capaz, en parte por la mediación de su esfuerzo de donación inicial –donación sincera, pero “inconscientemente” defensiva–, de llegar a niveles significativos de genuina donación de sí.

Quisiéramos ahora detenernos de modo más específico en la utilización “altruista” egodefensiva de los mensajes. Al respecto señalemos que durante el

tiempo del altruismo autoprotector el sujeto podrá utilizar en sus relaciones de comunicación, en todo caso a nivel de lo manifiesto, mensajes de interés por los demás, incluso remarcables por su significación “objetiva” y “social”; pero en ellos se podrán reconocer ciertas características inherentes a un “psiquismo” que busca en principio y finalmente poner término a sus propias carencias y no a las ajenas.

Así uno podrá reparar en que los mensajes “sociales” de solidaridad del sujeto –en la medida en que necesitado también él de solidaridad– mostrarán, con frecuencia, singular intensidad, sobrecarga de energía. Ellos darán testimonio de la sensibilidad desbordante a que se hallan asociados en la intimidad del emisor, y que trascendiendo su capacidad de control lo induce a sobreexigir conductas de interés social a los demás. El sujeto “habla” de tal manera a sus “escuchas” con respecto a los necesitados y a la necesidad de ayudarlos, como si él fuera un necesitado más... se halla tan identificado con ellos; así lo perciben los demás, y en el fondo aciertan. Una posible consecuencia: la sobreexigencia de cooperación, al escucharse y entenderse más como un grito personal de auxilio que como una búsqueda real de ayuda para los demás, con frecuencia desencadenará en los receptores un efecto de “sordera”.

Una derivación “asociada”: el caso de un cierto tipo de “consejero” en el que los mensajes de solidaridad se mues-

7 Por la vinculación de estos procesos con fundamentales expresiones y figuras de la sublimación humana, véase la trascendente obra de Vergote (1997a).

tran además de intensos, repetitivos y rígidos. El sujeto, en constante aunque no siempre manifiesta actitud de alerta y búsqueda de oportunidades de colaboración con los demás, percibirá a éstos, en aquellas oportunidades, como en situación de emergencia y desorientación; de ahí que él sienta la necesidad de aconsejar y dirigir. En realidad, hallada la oportunidad de colaboración ésta se convierte para él en exigencia perentoria de “intervención”. El problema del “otro”, en la percepción defensiva del sujeto “altruista”, es tan evidente, y tan urgente de resolver, que es necesario “actuar” ya, en el acto. El “altruista defensivo” que ha vivido una significativa experiencia de carencia social y humana –ausencia de una sana relación intersubjetiva– entiende que lo que necesita el otro es colaboración, y colaboración inmediata, además de permanente. Por lo demás, en su opinión, su impulso y deseo de colaboración se explican exclusivamente por las urgencias del “otro”, en nada por él mismo; él piensa y cree que sus consejos y directivas están en todo destinados a favorecer el bienestar del receptor, en nada el propio bienestar. Él no tiene conciencia de la relación existente entre lo que él desea ofrecer como mensaje de ayuda a los otros y sus propias necesidades “intrapésquicas”. Pero la verdad se abre paso, los consejos y directivas defensivamente estructurados y ofrecidos no producirán de ordinario consecuencia positiva profunda

en los destinatarios, aun tal vez es posible que sean causa de daño involuntario en ellos. Sin embargo el “altruista” emisor vive la certeza de que es de urgencia su intervención: aconsejar y dirigir a los “receptores”... ¡los percibe tan necesitados e indefensos!

Su certeza nace de la propia y remota experiencia; ella se asocia, en un nivel más bien inconsciente, a la existencia en el propio psiquismo de causas permanentes –heridas y vacíos profundos– que “justifican” desde su punto de vista la constante autoexigencia que vive de comprender y ayudar a los “otros” en quienes se ha proyectado y con quienes se ha identificado.

Si además tenemos presente que las mayores carencias experimentadas por el ser humano tienden a afectar profundamente sus necesidades y deseos –a ellas vinculados–, y también su representación de los “objetos” que les son idóneos; y que aquella autoexigencia vivida por el sujeto le permite, siquiera en parte e “indirectamente”, dar curso a otra exigencia insatisfecha y más importante para él, la exigencia de ayuda y comprensión que él “clama” para sí y que él le planteara desde la intimidad “más interior” de sus necesidades y deseos a su propio entorno, sin ser escuchado y atendido, podremos comenzar a entender la hipersensibilidad que él mostrará frente a los requerimientos de los “otros”.

En realidad la “desorientación” de estos “otros” se le presenta como oportu-

nidad para reproducir la angustia de la propia y antigua frustración y el “grito” correspondiente de *auxilio* –intenso pero tal vez encubierto– que él manifestó en el pasado a sus padres, inicialmente, y más tarde a toda la sociedad, frente a la desorientación existencial padecida, y que aún ahora lo afecta y hiere.

De ahí que la posibilidad de “comprender” y “aconsejar” a los “otros” se constituya en el sujeto en oportunidad deseable para reconstruir y resignificar sus propias falencias. Él lo hará en parte por la reflexión y el discurso de aconsejamiento y orientación que les ofrecerá.

Así se podrá apreciar en la vida cotidiana cómo determinados consejos y directivas de amigos y familiares, pero también de educadores y psicólogos, con diversa frecuencia, hablan bastante más de ellos mismos y de sus propias insatisfacciones no resueltas, que de las necesidades reales de los aconsejados y dirigidos. Diversos efectos parecen corroborar la verdad de esta afirmación; así por ejemplo, la prolongación incluso por años de ciertas relaciones de orientación y consejo que no logran comprometer existencialmente al “paciente”, y la continuidad en éste de un sentimiento de vacío, sin insinuación de mejora consistente.

El sujeto “paciente” parece descubrir en tales circunstancias que no es valorado como un fin en sí mismo, como una realidad concreta, singular, distinta, como un ser digno de interés para

los demás por lo que es en sí, digno por tanto de ser escuchado y atendido seriamente cualquiera sea la especificidad de su propia situación. Por lo que no deberá extrañar que utilice sus defensas, progresivamente las diversifique y las haga más sutiles al punto de pasar inadvertidas a los demás, incluso a él mismo; de este modo reforzará su resistencia a establecer relaciones profundas de comunicación y confianza con el mundo.

Evidentemente, los mensajes “altruistas” autodefensivos tenderán a ser bastante más “repetitivos” en la medida en que simbólicamente den cuenta de los estados psíquicos más dolorosos del propio emisor. Repetición que como hemos visto deberá pensarse en el fondo como petición o demanda renovada de lo inicialmente frustrado, asociada a la esperanza de encontrar en la vida actual de relación la satisfacción hasta el presente postergada; petición y esperanza que se pueden enriquecer en la posibilidad de una experiencia cotidiana proveedora de nuevas y más constructivas informaciones que creen para el sujeto la opción de re-escribir los textos de sus primeras y más serias insatisfacciones de modo de lograr una lectura “interna” menos ansiógena.

El sentido de “autodefensa” del mensaje “cuasialtruista” se mostrará asimismo a través de palabras y gestos habitualmente utilizados por el sujeto y que pueden asumirse como expresiones “claves” de su psiquismo. En efec-

to, el empleo “repetitivo” de dichas manifestaciones habla, sobre todo en el psiquismo inconsciente, de su densidad de significación funcional, y de lo mucho que representan como posibilidad “mediadora” en la expresión de sus necesidades, deseos y aspiraciones fundamentales insatisfechos, tanto tiempo postergados. El hábito de utilizar determinados gestos y palabras no constituye algo psíquicamente “arbitrario”, carente de una cierta “racionalidad” explicativa de base, mucho menos tratándose de gestos y palabras utilizados como defensas psíquicas. Si el sujeto animado por un deseo “altruista” defensivo coopera con “otros” valiéndose de reiterados consejos y orientaciones podemos pensar que éstos le abren de alguna manera a él mismo la posibilidad de reencontrarse con sus propias frustraciones, y de hallar así una vía de solución para ellas. De este modo el consejo y orientación brindados reiteradamente a los “otros” serán una suerte de mensajes encubiertos –de consejo y orientación– dados a sí mismo.

En el caso del *altruismo auténtico* los implícitos psíquicos son significativamente diferentes. Aquí el sujeto opta por atender al otro en un acto de donación de sí; su interés no es *él mismo*, su interés es *el otro*. Él vive la felicidad de servir y la felicidad que su servicio se traduzca en un beneficio genuino para el otro. Por lo tanto tenderá a encontrar, para el bien real de éste, las formas de comportamiento, los actos, palabras y

gestos más adecuados a sus verdaderas necesidades, deseos y aspiraciones. Su pensamiento se mostrará fresco y flexible, abstraerá y razonará convenientemente a partir de las experiencias; su memoria recuperará oportunamente las informaciones requeridas; su afectividad se hallará maduramente dispuesta... todo lo cual le permitirá permeabilidad, vitalidad y adaptación a las múltiples circunstancias de la vida cotidiana y del servicio que desea prestar.

Bajo tales condiciones psíquicas el sujeto altruista actuará con “plena” libertad, sin ataduras a conceptos, recuerdos o emociones que pudiesen determinar inflexibilidad, rigidez o resistencia al cambio, en su conducta de cooperación. Él puede ponerse en el lugar del otro, en sus puntos de vista, en sus aspiraciones, deseos y necesidades. Y puede hacerlo aun cuando el otro no reconozca la ayuda recibida. En todo caso no teniéndose a sí mismo sino al otro como centro fundamental de interés puede mostrarse fácilmente creador y recreador de estrategias frente a los obstáculos y retos que amenazan su decisión de servicio⁸.

De ahí que el sujeto altruista en sus comunicaciones de ayuda sabrá hacer uso oportuno, prudente y firme, de la

8 Considerando la importancia de la perspectiva temporal futura en el comportamiento, y sus reales y posibles articulaciones, teóricas y prácticas, con el sentido autotranscendente y altruista de la persona en desarrollo, véase Lens (1986).

palabra y del gesto de solidaridad, de manera de atraer y comprometer tanto a los posibles artífices de ésta –sujetos capaces de ayudar también–, como a los propios necesitados.

Este desenlace podrá vincularse al hecho de que los receptores de mensajes de ayuda social, auténticamente altruistas, lograrán reconocer éstos como la transparencia de una actitud y decisión consistentes de solidaridad, como una interpelación razonable y justa a la sociedad por las necesidades reales de los otros, y como una exigencia finalmente destinada al bien de los demás; y también porque a través de ellos los receptores, en un sentido más universal, lograrán reconocer al emisor como alguien genuinamente interesado en la humanidad misma, por tanto en la humanidad de los propios receptores.

En buena cuenta el emisor de mensajes genuinamente altruistas, percibido como garantía de trato justo y equitativo, y de rechazo a la postergación y abandono, no generará mayores resistencias, sino más bien un espontáneo aunque relativo “acercamiento”. Los receptores podrán proyectar en él sus mejores sentimientos y virtudes, identificarse con él y vivir el singular atractivo de su espíritu de donación al mundo. A través de él se “convertirán” también ellos, en alguna medida, en colaboradores de la humanidad. En ese sentido la conducta comunicativa signada por el altruismo, y el altruista mismo, tienen el valor de constituirse en “espe-

jo” e “inductor” de los más profundos deseos y aspiraciones de “servicio” del ser humano.

REFERENCIAS

- Biblia de América* (1994). Madrid: La Casa de la Biblia.
- Corveleyn, J. (1993). *Histérie et névrose obsessionnelle*. En J. Florence et al. *Psychanalyse. L'homme et ses destins*. Louvain/Paris: Editions Peeters.
- Freud, A. (1986). *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1948). Introducción al narcisismo. En *Obras completas* Vol. 2. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Golder, E. (1996). *Au seuil de l'inconscient. Le premier entretien*. Paris. Éditions Payot & Rivages.
- Ladrière, J. (1984a). *L'articulation du sens. Vol. I. Discours scientifique et parole de la foi*. Paris: Les Éditions du Cerf.
- . (1984b). *L'articulation du sens. Vol. II. Les langages de la foi*. Paris: Les Éditions du Cerf.
- Lens, W. (1986). Future time perspective. A cognitive-motivational concept. En D. Brown & J. Veroff (Eds.), *Frontiers of motivational psychology*. New York: Springer-Verlag.
- Nuttin, J. (1971). *Tache, réussite et échec. Théorie de la conduite humaine*. Louvain/Paris: Publications Universitaires de Louvain/Béatrice-Nauwelaerts.
- . (1985). *Théorie de la motivation humaine*. Paris: P.U.F.

- Schotte, J. (Ed.) (1990a). *Le contact*. Bruxelles: De Boeck-Wesmael.
- . (1990b) *Szondi avec Freud. Sur la voie d'une psychiatrie pulsionnelle*. Bruxelles: De Boeck-Wesmael.
- Stewart, D. (1973). *Psicología de la comunicación*. Buenos Aires: Paidós.
- Stewart, J. & D'Angelo, G. (1986). *Nosotros y los demás. Comunicación interpersonal*. México: Continental.
- Vergote, A. (1996). *In search of a philosophical anthropology*. Leuven/Amsterdam-Atlanta: Leuven University Press/Editions Rodopi.
- . (1997a). *La psychanalyse a l'épreuve de la sublimation*. Paris: Les Éditions du Cerf.
- . (1997b). "Tu aimeras le Seigneur ton Dieu..." *L'identité chrétienne*. Paris/Montréal: Editions du Cerf/Médiaspaul.
- Watzlawick, P. (1994). *El lenguaje del cambio. Nueva técnica de la comunicación terapéutica*. Barcelona: Herder.
- Watzlawick, P. et al. (1995). *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*. Barcelona: Herder.